no comprendo tus trabajos... Y esa señorita de Heydinger... ¡Oh!... ¡Me resultaba tan duro!...

—¡Queridísima mía! — exclamó Lewisham. — Vale más, para mí, tu dedo meñique, que toda la señorita de Heydinger.

—Sé lo mucho que te estorbo. Pero si quisieras ayudarme... Trabajaría, estudiaría y procuraría comprenderte y auxiliarte...

—¡Queridísima mía! — murmuró Lewisham. — ¡Queridísima *mía!*...

—Y... además... *ella*...

—Queridísima mía, he sido un mentecato. Todo esto se acabará; haré que se acabe.

La estrechó cariñosamente y la besó.

—¡Oh! *Me consta* que soy muy tonta.

—No... El tonto y el perverso soy yo... Me he pasado el día entero pensándolo... ¡Queridísima mía!... ¡Nada me importa de nadie!... *¡Tú!* ¡Solo *tú!*... Contigo me basta... Me he dejado aconsejar por la bilis y por los disgustos... Tal vez sea efecto de que trabajo mucho y de que gano muy poco... Mira, queridísima mía, necesitamos vivir muy unidos y queriéndonos mucho, y ayudándonos y tolerándonos... De otro modo, la existencia sería horrible...

Se calló, la estrechó más contra el pecho, y se sentó al lado de ella.

—Te quiero... — dijo Ethel, echándole los brazos al cuello. — Sí, te quiero... Te quiero mucho, muchísimo...

Se abrazaron apasionadamente. Lewisham la besó en el cuello.

—Te quie...

Sellóle los labios con un beso.

La bujía lanzó un postrer resplandor, vaciló y se apagó.

La alcoba estaba embalsamada por el perfume delicado de las rosas...

CAPITULO XXX

DESERCIÓN

El martes, volviendo de la Academia preparatoria de Vigours, á las cinco de la tarde — á las seis y media tenía que volver á salir para dar otra clase, — Lewisham se encontró á la señora de Chaffery y á Ethel llorando desconsoladamente. Iba fatigadísimo, y, por el camino, se había regodeado pensando en la satisfacción de tomar el té, descansadamente; pero con las noticias que su suegra y su esposa le dieron, se olvidó de su regalo cotidiano.

—¡Se ha marchado! — exclamó Ethel.

—¿Marchado?... ¿Quién?... ¿Chaffery?...

La esposa del desertor, preocupadísima por lo que Lewisham decidiera, se tapó la cara, lloriqueando, con el pañuelo. Nuestro héroe comprendió inmediatamente lo esencial de la situación, y estuvo á pique de soltar un taco redondo é impropio de quien ejercía el sacerdocio de la enseñanza. Ethel le entregó una carta.

Lewisham la tomó, y por las preguntas que hizo, se enteró de que su suegra encontró la carta en la caja del reloj de pared, al cual le daba cuerda los martes. Chaffery no había vuelto desde la noche del sábado.

El sobre, sin cerrar, dirigido á Lewisham, contenía una epístola, llena de divagaciones que querían ser ingeniosas y filosóficas, escrita horas antes de visitar por última vez á la hijastra y al marido de su hijastra. La conversación de aquella noche fué, sin duda, una especie de codicilo al testamento epistolar.

«La estupidez extraordinaria de Lagune me obliga á expatriarme — leyó Lewisham. — Ese hombre ha sido el escollo, y he tenido miedo de estrellarme. Me largo, tomo las de Villadiego y me desligo de todo. Lamentaré mucho y recordaré las sabrosas parrafadas que echábamos. Usted me conocía y yo podía hablar con entera franqueza. Me aflige muchísimo dejar á Ethel, pero, á Dios gracias, cuenta con usted. En realidad, las dos cuentan con usted, y el tener usted que «contar con las dos», seguramente ha de abrirle nuevos horizontes.»

Lewisham refunfuñó, convencido de tener que «contar con las dos», y saltó de la primera á la tercera carilla; allí demostraba Chaffery su espíritu práctico.

«Apenas quedan, en la casa de Clapham, muebles ú objetos fácilmente transportables que yo haya dejado sin pignorar ó sin vender; sin embargo, aun encontrará el cofre chapeado de hierro, la cómoda con el tablero roto y la gran máquina neumática; por estos objetos puede usted sacar, en venta ó préstamo, algún dinero, si tiene el valor, que yo no he tenido, de mover esos monumentales armatostes. El cofre me pertenecía antes de casarme con la suegra de usted; lo dejo en cambio de lo que me llevo; ya ve que no soy desconsiderado y que me preocupo del bienestar de usted. No me juzgue con excesiva severidad...»

Sin acabar la carilla, Lewisham pasó á la siguiente.

«La vida de Clapham me resultaba insoportable desde hace algún tiempo, y, si he de decir verdad, el espectáculo de la dicha robusta y juvenil que usted goza, me movía á pensar en que los años pasan, y en que, á pesar de la lucha por la existencia, usted disfruta momentos muy agradables. Hablando sinceramente, manifestaré que siento la necesidad de vivir mi propia vida, como proclaman las jóvenes feministas. ¡Oh frase admirable! ¡Vivir la propia vida!... ¡Frases embalsamadas por honrado desprecio hacia el plagio moral! ¡Acasó ni la *Imitación de Jesucristo* esté por encima!... Siento ansias de ver otros hombres y otras tierras. Tarde principio á vivir mi vida; estoy calvo y han empezado á salirme canas en las patillas; pero... más vale tarde que nunca. ¿Por qué he de considerar que esa dicha es monopolio de la juventud?... Al fin y al cabo, las canas pueden teñirse... Algo hay (no insisto sobre este punto) que asombrará grandemente y prontamente á Lagune...»

Al llegar á este párrafo anfibológico, Lewisham prestó mayor atención.

«Me maravilla que ese hombre se caliente los cascos buscando maravillas, cuando en sí mismo tiene un ejemplo de lo increiblemente maravilloso. ¿Cuál puede ser la naturaleza humana de un hombre que no se da por satisfecho con el milagro estupendo de su existencia imbécil, contradictoria, insensata, sin finalidad y siniestramente insondable?... ¿Cree usted que una cosa como Lagune existe?... Confieso que tengo dudas muy graves acerca de este punto. Afortunadamente, su banquero es un señor más crédulo que yo... Me figuro que, en breve, Lagune hablará con usted de todo esto...»

—Supongo que habrá creído escribir agudezas, cuando escribía estas necedades — exclamó Lewisham amargamente, renunciando á leer y arrojando la carta sobre la mesa. — La verdad lisa y llana es que ha robado ó que ha perpetrado algún delito análogo... y ha huído.

Hubo una pausa.

—¿Qué va á ser de mamá? — observó Ethel.

Lewisham contempló á «mamá»; meditó un instante, y luego miró á Ethel.

—Estamos uncidos al mismo yugo — murmuró sentenciosamente.

—No quiero molestar á nadie — insinuó la señora de Chaffery.

—Se me figura, Ethel — dijo Lewisham, — que si no hay inconveniente, podías dar una taza de té á un infeliz que está muy cansado y que tiene que volver á trabajar; y... — añadió, sentándose y dando golpecitos en la mesa — ya sabes que á las siete menos quince he de estar en Walham Green... Estamos uncidos al mismo yugo — repitió, sin dejar de dar golpecitos con los nudillos.

Le preocupaba el hecho de que se hablaba, efectivamente, con su esposa, uncido á un mismo yugo, y de que,

por ende, veíase forzado á nueva responsabilidad. De repente levantó la cabeza y vió que la señora de Chaffery dirigía á Ethel una mirada lacrimosa, llena de interrogación desconsolada. En el acto, las dudas que sentía se trocaron en lástima.

—¡Bueno, mamá! — exclamó. — No hay que apurarse. No la abandonaremos.

—¡Ah! — suspiró la señora de Chaffery.

—¡Estaba segura de ello! — dijo Ethel, corriendo á abrazar á su marido.

Lewisham se vió amenazado por abrazos generales.

—Bueno. Pero, la verdad, desearía una taza de té.

Mientras la tomaba, dirigió varias preguntas á la señora de Chaffery, con objeto de hacerse cargo de la situación creada por la marcha del *médium*.

Luego, á las diez de la noche, cuando regresó de Walham Green, fatigadísimo y abrumado de calor, quiso reflexionar acerca del caso. Pero ó se perdía en vaguedades y confusiones, ó tropezaba con obstáculos infranqueables que le hacían titubear.

Estaba seguro de que la comida sería el prólogo de un interminable diálogo sobre dicho asunto, y con efecto, cuando se acostaron eran las dos de la madrugada. Pero habían adoptado resoluciones. Un contrato de arrendamiento, por largo plazo, existía entre la señora de Chaffery y el dueño de la casa de Clapham, en la cual todos vivirían juntos en lo sucesivo. El bajo y el primer piso estaban subarrendados, sin muebles, y el inquilinato que por ellos se cobraba, bastaba para pagarle al propietario la totalidad de la renta; los Chaffery se contentaban con vivir gratis el sótano y el segundo piso. En el segundo, una alcoba — antaño alquilada á los vecinos del piso primero, — serviría para Lewisham y para Ethel; para que el marido pudiera estudiar y trabajar, se le habilitaría una mesita de tocador, en menos que mediano uso; la máquina de escribir se colocaría en el sótano-comedor. La señora de Chaffery y Ethel cuidarían de la casa.

Como el subarrendar habitaciones era incompatible con la dignidad profesional de Lewisham, procurarían

rescindir cuanto antes el contrato de arrendamiento, y buscarían un cuartito más pequeño y menos apartado del centro de la población. Y de tal modo, mudándose de domicilio, sin dejar las señas, evitarían que Chaffery, á la manera del hijo pródigo, volviese al hogar abandonado.

Las frecuentes y patéticas exclamaciones de alabanza y de gratitud prodigadas por la señora de Chaffery á Lewisham, no evitaron á este, aun cuando sí le atenuaron, un acceso de filosófica amargura. La discusión de los arreglos prácticos se interrumpió con digresiones acerca de Chaffery, de lo que habría hecho, de dónde se habría ido, y de si, por casualidad, no volvería.

Al fin, la señora de Chaffery, llorando, bendijo y abrazó efusivamente á sus «buenos y queridísimos hijos», y se marchó. Lewisham y su mujer se prepararon para acostarse. Ethel tenía el rostro resplandeciente de entusiasmo.

—¡Corazón de oro! — exclamó, tendiendo amorosamente, como premio, los brazos á su esposo. — Lo sabía... Lo sabía perfectamente... Te quiero más... más y más... ¡Amadísimo mío! ¡Amadísimo mío!...

Al día siguiente, Lewisham estuvo ocupadísimo y no pudo avistarse con Lagune. Pero al otro, muy de mañana, se presentó en casa del «investigador psíquico», cuando éste se hallaba corrigiendo pruebas de *Hesperus*. Lagune recibió cordialmente al joven, suponiendo que iría á consultarle las dudas de que en otro tiempo le habló. Era evidente que ignoraba por completo el matrimonio de Lewisham; este, con franqueza brusca, le expuso el objeto de la visita.

—La última vez que lo ví, fué el sábado — dijo Lagune. — Usted siempre desconfía de todo y de todos. ¿Tiene alguna prueba?...

—Lea — contestó Lewisham, conteniendo una sonrisa burlona y entregando á su interlocutor la carta de Chaffery.

Mientras el espiritista iba leyendo, Lewisham lo observaba para ver la cara que ponía cuando llegase á los párrafos en los que el *médium* trataba tan duramente

al pobre hombre; á la vez, nuestro héroe se fijaba en el suntuoso mueblaje y magnífico decorado del despacho.

Sin duda, el estudiante-rana de la Escuela Normal de Ciencias, disfrutaría también de esplendor y de comodidades semejantes...

Cuando Lagune leyó el párrafo en el cual se ponía en duda su existencia real, infló los carrillos con fuerza, pero no dijo palabra.

—¿Eh? ¿Eh? — exclamó al cabo. — ¡Mi banquero!...

Miró á Lewisham con dulce, bobalicona é interrogativa mirada.

—¿Qué querrá dar á entender?... ¿Se habrá vuelto loco?... Ultimamente habíamos acometido, él, una señora y yo, trabajos que requerían enorme tensión cerebral. El hipnotismo...

—Yo, en el caso de usted, comenzaría por examinar el libro talonario...

Lagune tomó un manojo de llaves, sacó el talonario y lo hojeó.

—No encuentro nada — dijo, tendiendo el talonario á Lewisham.

—¡Hum! — murmuró Lewisham. — Sí... Vamos... Aquí... ¿Esto no es nada?...

Devolvió á Lagune el talonario abierto, señalándole la falta de un *cheque* y la ausencia de indicación de la suma por la cual el *cheque* se expidiera.

—No veo nada.

Lewisham nunca había oído hablar de sugestión post-hipnótica, y se mantenía incrédulo.

—Pero ¿no ve usted nada? — exclamó. — ¡Vaya una broma!

—No veo nada de particular — repitió Lagune.

Durante un rato, Lewisham no consiguió salir de las mismas preguntas y de las mismas respuestas, estúpidamente repetidas. Al cabo, se le ocurrió una prueba indirecta.

—Bueno. ¿Ve usted esta hoja?...

—Perfectamente — contestó Lagune.

—¿Puede usted leer el número que tiene estampado?...

—Cinco mil doscientos setenta y nueve.

—Bueno. ¿Y este?...

—Cinco mil doscientos ochenta y uno.

—Bueno, y... ¿dónde está el cinco mil doscientos ochenta?...

Lagune comenzaba á experimentar inquietud.

—Indudablemente — contestó — no está. ¿Quiere usted leerme la cifra del *cheque*... esto es, la cantidad por la cual se ha expedido?...

—¡No hay cantidad!... ¡Está en blanco! — exclamó Lewisham, esforzándose por contener una carcajada burlona.

—¿De veras? — balbució Lagune, sintiéndose cada vez peor. — ¿Quiere usted que llame á alguien que lo compruebe?...

Lewisham asintió. Entró la criadita que le abriera la puerta la noche de la sesión espiritista. Cuando comprobó el hecho, se fué por una puertecilla que estaba á espaldas de Lagune, y mirando á Lewisham, y señalando con el gesto á Lagune, hizo una mueca altamente significativa.

—Mucho temo — dijo el infeliz investigador psíquico — que me hayan pagado mal. El señor Chaffery es un hombre que posee dotes indiscutibles... absolutamente indiscutibles... Pero mucho me temo... mucho me temo que haya abusado de su poder hipnótico... Este temor... y los insultos que me dirige... me apesadumbran...

Enmudeció. Lewisham se puso de pie.

—¿Tendría usted la amabilidad de volver por aquí? — preguntó Lagune, atentamente, algo más sereno.

Lewisham se sorprendió al sentir compasión hacia aquel pobre hombre.

—Insisto en que Chaffery disfruta de extraordinaria potencia hipnótica. Me inspiraba gran confianza... Mi cuenta corriente era de importancia estos días... No me explico cómo ha sabido... Es verdad que con su poder hipnótico...

Cuando Lewisham volvió á ver á Lagune, se enteró con detalle de la hazaña de Chaffery; existía, como circunstancia agravante, la coincidencia de que la «se-

ñora» que colaboraba en las «investigaciones psíquicas», también había desaparecido.

—¡Mejor que mejor! — se dijo egoístamente el joven. — Así, es casi seguro que no volverá.

Trató inútilmente de figurarse cómo sería la «señora». Pensó en que también los hombres de cabellos grises y de conciencia elástica sentían amores... ¡amores apasionados y ardorosos!... Escuchó el relato de los hechos: Chaffery, en una sesión, había hecho que Lagune, bajo la influencia hipnótica, firmase de su puño y letra un *cheque* en blanco.

—Lo curioso del caso — explicó Lagune — es que resulta muy discutible la validez del *cheque*. La ley resulta muy ambigua en lo que se refiere á hipnotismo, aun cuando la firma sea, como en esta ocasión, auténtica de toda autenticidad.

El investigador psíquico, á pesar del dinero que perdía, estaba muy satisfecho examinando este aspecto de la cuestión.

—Usted podrá decir que es casualidad... chiripa...; yo lo interpreto de muy distinto modo. Oiga: el importe de mi cuenta corriente es un secreto entre mi banquero y yo. Nunca se lo he dicho á Chaffery, ni yo mismo lo sabía; hacía más de dos meses que no miraba el talonario. Y ¡fíjese! con un solo *cheque* me ha cobrado la totalidad de lo que había en cuenta corriente, menos diecisiete chelines y seis peniques. ¡Y la totalidad excedía de quinientas libras esterlinas!... ¡Excedía en los diecisiete chelines y seis peniques!... ¿Cómo — exclamó satisfechísimo — explica usted esto?... Deme una explicación materialista que convenza. ¡Imposible! ¡No la encontrará! ¡Tampoco la encuentro yo!...

—Creo que puedo — objetó Lewisham.

—Bueno... Pues venga de ahí.

Lewisham mostró con un movimiento de cabeza un cajoncito del bufete.

—¿No cree usted que... acaso... acaso... pudo valerse de... una ganzúa?... — indicó socarronamente el joven.

Regresando á Clapham, Lewisham iba riendo al recordar la cara de Lagune. Muy pronto se le quitaron las ganas de reir, al darse cuenta de que Chaffery era el padrastro de Ethel; de que la señora de Chaffery era su propia suegra; de que ellos, con Ethel, constituían su familia, y de que la obscura y fea casa de Clapham era, desde ahora, su hogar. ¡Su hogar!... Al comenzar á vivir, veíase íntimamente ligado á aquel hogar y á aquella familia, cual si allí hubiese nacido. Y un año antes, salvo el recuerdo borroso de Ethel, no conocía á ninguno de aquellos seres. ¡Ah!... ¡Los caminos del Destino!... Los sucesos acaecidos en los meses últimos, empequeñecidos por la distancia, se le antojó que se habían desarrollado con rapidez pantomímica. Esto se le figuró risible, y se echó á reir.

Aquella risa señalaba el principio de una nueva época. Nunca, hasta entonces, Lewisham había tomado á risa los apuros ni las dificultades en que se encontró. La inmensa formalidad de la adolescencia había concluído; los días de su juventud estaban contados. Aquel reir era un reir que auguraba concesiones infinitas.

CAPITULO XXXI

EN EL PARQUE DE BATTERSEA

Aun cuando Lewisham había ofrecido cortar relaciones con la señorita de Heydinger, pasóse cinco semanas sin cumplir la promesa, limitándose á dejar incontestada la carta. Al final de este plazo, la juvenil pareja abandonó — previa gran disputa políglota — las habitaciones alquiladas á la señora Gadow. Nuestros héroes se instalaron en la reducida estancia del segundo piso de la casita de Clapham, y entonces, entonces fué cuando el mundo se transformó, rápida y asombrosamente, por obra y gracia de un murmullo.

Fué aquel un murmullo formado por sollozos y por llanto; Ethel, con el cabello suelto, y escondiendo el rostro, se abrazaba al cuello de su marido; y este, balbuciendo frases de admiración, mostrábase algo consternado, pero experimentaba á la par extraño orgullo, emoción enérgica y original, sentimientos muy distintos de los que creyó le conturbarían cuando alguna vez pensó en la posibilidad de que ocurriera lo que iba á ocurrir. Súbitamente comprendió que aquello era algo decisivo, que la solución inesperada y el fin del conflicto planteado desde hacía tiempo había llegado. No había que titubear; en el acto adoptó resolución.

Al siguiente día escribió y envió por correo una esquela, y dos días después salió para dar la clase de matemáticas con más de una hora de anticipación. En vez de seguir directamente el camino de la Academia preparatoria de Vigours, pasó el puente y se entró en

el parque de Battersea. Muy pronto divisó á la señorita de Heydinger, que le esperaba sentada en el banco donde ya otras veces se encontraron. Echaron á andar juntos, paseando y charlando de cosas indiferentes; luego, de repente, se callaron.

—Usted tiene algo que decirme — exclamó con brusquedad la señorita de Heydinger.

Lewisham palideció.

—¡Ah! Sí... Yo... — contestó, afectando desahogo. — ¿No le he dicho á usted nunca que estoy casado?...

—¿Casado?...

—Sí.

—¿Casado?...

—Sí — repitió el joven, con leve acento de ironía.

Quedáronse ambos silenciosos. Lewisham hacía como que miraba los macizos de dalias; la señorita de Heydinger lo contemplaba, absorta.

—¿Y era eso lo que usted tenía que decirme?...

Lewisham volvió la cabeza y se encontró con la mirada de su amiga.

—Sí... Eso era lo que tenía que decir á usted.

Hubo una pausa.

—¿Me permite usted tomar asiento? — preguntó la señorita de Heydinger, con voz que quería ser indiferente.

—Allá abajo hay un banco á la sombra — indicó Lewisham.

Dirigiéronse hacia el banco.

—Vamos — dijo tranquilamente la señorita de Heydinger, — dígame, ¿con quién se ha casado usted?...

Lewisham contestó con sobriedad. Alicia le dirigió una tras otra muchas preguntas. Lewisham, aunque de mala gana, respondió sin faltar á la verdad.

—¡No debí dudar! — murmuró la señorita de Heydinger. — ¡No debí dudar!... Me empeñé en cerrar los ojos para no ver. Cuénteme... Hábleme de ella.

Lewisham obedeció. La conversación le resultaba desagradabilísima, pero no cabían excusas; además, tenía que cumplir la promesa que hizo á Ethel. Brevemente refirió la historia á la señorita de Heydinger, callando

sólo lo que había de sentimental, que era precisamente lo que la hacía verosímil.

—¿Y se ha casado usted... antes del segundo examen?...

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijo usted?...

—No sé por qué — balbució Lewisham. — Una vez quise hablar á usted de esto... en el jardín de Kensington... Pero no lo hice. Evidentemente debí decírselo.

—Sí, debió usted habérmelo dicho.

—En efecto, debí... pero no lo hice... Luego, resultaba difícil. No sabía cómo empezar... Me parecía una temeridad... ¿Comprende usted?...

Se detuvo, no sabiendo cómo continuar.

—Debió usted habérmelo dicho — insistió la señorita de Heydinger, mirando fijamente á su excondiscípulo.

Lewisham abordó la segunda parte, la parte más delicada de la explicación.

—Ha ocurrido... — comenzó — después de la boda... á propósito de usted... algo muy enojoso... El hecho es que mi mujer... ¿me entiende usted?... Mira las cosas desde un punto de vista distinto del que tenemos nosotros.

—¿Nosotros?...

—Sí; resulta algo extraño, indudablemente. ¡Ha visto las cartas de usted!...

—¿Usted no se las dió á leer?...

—No... pero... quiero decir... que mi mujer sabe que usted me escribe, hablándome de socialismo y de literatura y de cosas que nos conciernen... y que ella...

—¿Quiere usted decir que su mujer no entiende de esas cosas?...

—Por lo menos no las comprende bien. Hay entre ella y nosotros ciertas diferencias de educación...

—¿Y le parece mal?...

—¡No! — exclamó Lewisham, dispuesto á mentir. — No es que le parezca mal...

—Pues entonces, ¿qué es?... — preguntó la señorita de Heydinger, palideciendo intensamente.

—Es que siente... Es que siente... La verdad es que no me lo ha dicho, pero sé que siente no poder tomar parte activa en estas cuestiones. Conoce que debiera intervenir... Se avergüenza de no tener cultura y preparación bastantes... ¿Ve usted ya lo que le lastima?...

—Sí; ya veo... que no podré...

La señorita de Heydinger reprimió á duras penas un sollozo y tuvo que guardar silencio un rato. Al fin, haciendo un esfuerzo, pudo seguir hablando.

—Ya veo lo que me lastima — murmuró.

—No — contestó Lewisham titubeando. — Ya suponía yo que esto iba á disgustar á usted.

—Usted la ama. Nada, pues, le importa sacrificar...

—No, no es eso... hay una diferencia. Ella se disgusta y se ha disgustado por no comprender... Pero usted... he juzgado más natural que hablemos... Con ella he transigido y siempre transigiré...

—Usted la ama.

—Me pregunto si estribará en eso la diferencia. La cosa es muy compleja. El amor significa todo... ó nada. Conozco á usted mejor que á ella; usted me conoce como mi mujer nunca llegará á conocerme. A usted puedo decirle cosas que á ella no le diría. Con usted puedo ser completamente franco... porque usted me comprende... Pero...

—Usted la ama.

—Sí — contestó débilmente Lewisham, retorciéndose el bigote. — Supongo... que así es.

Quedáronse ambos silenciosos.

—¡Ah! — exclamó la señorita de Heydinger, con énfasis extraordinario. — ¡Pensar que todo iba á acabar así!... Que todo lo que había en usted... ¿Qué le ha dado á usted esa mujer que yo no le hubiera dado?... Y aun todavía... ¿Por qué he de renunciar á lo poco que de usted me queda?... Si ella pudiese tomarlo... Pero si no puede... Sin mi... Usted no hará nada... Todas las ambiciones, todas las esperanzas de usted, flaquearán y se extinguirán, sin que ella lo note, sin que lo evite, sin que trate de impedirlo, sin que lo comprenda... ¿Para qué quiere lo que no ha de disfrutar?... ¿Para qué desea lo que es mío... y de nada ha

de servirle?... Hasta cierto punto, llegué á pensar en usted como en cosa propia... y así pensaré siempre...

Hablaba sin mirar á Lewisham, y dejaba ver en el rostro la angustia y la pesadumbre que sentía.

—Dos ó tres veces, desde hace poco tiempo — dijo Lewisham, tras breve pausa, — me ha venido á las mientes algo que no debo, ni puedo, ni quiero callar. He pensado que usted daba excesiva importancia á lo que yo hubiera podido hacer. Ya sé que hemos hablado de grandes empresas. Pero he luchado más de seis meses buscando el medio de ganarme la vida, la vida que todos nos creemos muy capaces de ganar. Esto me ocupó todas las horas del día, todos los días de la semana y todas las semanas de los meses. Al cabo deduje que el mundo es algo así como un mal negocio y que...

—No — interrumpió resueltamente la señorita de Heydinger. — Usted hubiera podido realizar grandes empresas... y aun todavía, si pudiéramos vernos y escribirnos... Hay en usted tanto talento como flaqueza de voluntad... Para emprender algo, necesita que lo estimulen. Su fe se debilita pronto... usted requiere apoyo y fe... apoyo firme y fe ilimitada. ¿Por qué no he de ser eso para usted?... Es cuanto deseo, hoy por hoy. Ella no puede serlo... Ni nada le quito, ni quiero nada de lo que tiene. Yo, sola, nada seré; con usted acaso... ¿Y todo es porque ella se siente ofendida?... Pero... ¿por qué se ha de enterar?...

Lewisham, muy cohibido, volvióse hacia su amiga. Los sueños de grandezas futuras que nimbaban la frente del joven, parecían reflejarse en las pupilas de Alicia. En aquel instante, por lo menos, nuestro héroe no dudó del brillante porvenir de su «carrera». Pero comprendió igualmente que las grandezas futuras y la admiración de la señorita de Heydinger eran inseparables, y que constituían algo único é indivisible. Realmente, ¿por qué habría de enterarse Ethel?... Con la imaginación vió lo que podría ocurrir, y vió los tapujos, las complicaciones, los engaños, y, al fin, el disgusto al descubrirse todo.

—Lo cierto es que debo simplificar mi vida. No haré

nada de provecho si no simplifico mi vida. Hay personas que tienen fortuna y pueden permitirse el lujo de ser... complejas. Esto es, lo uno y lo otro...

Titubeó; de repente pensó en Ethel y la vió llorando, como ya una vez la había visto, y creyó encontrar reflejos de luz en las lágrimas que brotaban de los ojos de su juvenil consorte.

—¡No! — exclamó, casi brutalmente. — No. No quiero tapujos... No es que me haya vuelto ridículamente escrupuloso, pero no estoy dispuesto á fingir. Mi mujer descubriría el ramillete de rosas. Disimular no serviría para nada; al fin se enteraría de todo. Mi vida resulta demasiado complicada. Tengo que tomarla tal y como es, y seguir mi camino... Yo... Usted exajera al juzgar mis aptitudes... Además, han ocurrido... Ha ocurrido algo... — Vaciló, pero se mantuvo firme en su resolución. — Es *absolutamente preciso* simplificar, y estoy decidido á ello. Lo lamento mucho, pero no hay remedio.

La señorita de Heydinger no contestó; Lewisham se asombró mucho del mutismo de su amiga. Durante un minuto y treinta segundos, permanecieron sentados, sin decirse nada. Bruscamente la señorita de Heydinger se levantó, con las mejillas encendidas y los ojos bajos. Lewisham se puso de pie.

—Hasta la vista — murmuró Alicia, tendiéndole la mano.

—Pero... — insinuó Lewisham, muy cortado.

La señorita de Heydinger palideció densamente.

—Hasta la vista — volvió á exclamar, mirando con fijeza á Lewisham, y violentándose para sonreir. — Nada tenemos que decirnos... ¿verdad?... Hasta la vista.

Lewisham tomó la mano que Alicia le tendía.

—Espero que no...

—¡Hasta la vista! — repitió Alicia con impaciencia; luego retiró la mano, dió media vuelta y se fué.

Lewisham hizo un movimiento para seguirla.

—¡Señorita de Heydinger! — exclamó, y viendo que la joven no se detenía, gritó de nuevo: — ¡Señorita de Heydinger!...

Dióse cuenta de que Alicia no quería contestarle y

quedóse inmóvil, viéndola alejarse. Sintió entonces algo así como si hubiese sufrido una pérdida muy grande; pensó, vagamente, en correr y en desenojarla con apasionadas frases...

Ni una sola vez volvió la cabeza la señorita de Heydinger. Ya estaba muy lejos cuando Lewisham echó á correr tras de ella. Poco á poco, apretando el paso, fué ganando terreno... Apenas si le faltaban treinta metros para alcanzarla... Moderó el paso... De repente tuvo miedo de que Alicia se volviese; viola franquear la entrada del parque, y alejarse y perderse de vista. Se detuvo y quedóse mirando fijamente el sitio por donde se había ido su amiga. Exhaló melancólico suspiro, y torció hacia la izquierda, buscando el puente que daba al camino de la Academia de Vigours. En mitad del puente sufrió otro acceso de indecisión. Paróse, perplejo, no sabiendo qué hacer. Asaltóle una idea de rebeldía; miró el reloj y se convenció de que tenía que apresurarse para no perder el tren, si quería llegar puntualmente á la Academia preparatoria de Vigours. Luego pensó que, por una vez, podía mandar á Vigours á paseo.

Pero al fin tomó el tren y se fué á dar la clase de matemáticas.

CAPITULO XXXII

EL TRIUNFO FINAL

Aquella tarde, á eso de las siete, Ethel entró en la habitación, llevando una cesta para arrojar papeles, que acababa de comprar á su marido. Lo halló sentado ante la mesita-tocador, en la cual debía «escribir». Por la ventana veíanse, á lo lejos, el caserío de Londres, y más cerca, multitud de techumbres de edificios que parecían amontonarse hacia la estación. La inmensidad azul del cielo subía, obscureciéndose, hasta el infinito, y parecía asentarse sobre misteriosa maraña de chimeneas y de tejados, maraña que dejaba ver los encendidos discos y las farolas de señales de la estación, las espirales de vapor y las ráfagas luminosas de los trenes que entraban y salían, y las perspectivas confusas de las calles de la urbe. Ethel enseñó á su marido la cesta para papeles viejos, que le traía, y la colocó junto á la mesita. Luego fijóse en el amarillento papelote que su esposo tenía en la mano.

—¿Qué es eso?...

Lewisham se lo dió.

—Lo he encontrado... forrando el fondo del cajón de los libros... Lo guardaba desde mis tiempos de residencia en Whortley.

Ethel tomó el papelote y se encontró con que era un plano cronológico, titulado *Esquema*, lleno de notas marginales, y con todas las fechas enmendadas por mano juvenil.

—¡Qué amarillo se ha puesto el papel! — murmuró Ethel.

—Esto, precisamente, era lo que no necesitaba decirse — pensó Lewisham, contemplando con inusitada simpatía aquel documento.

Hubo una pausa.

Luego sintió que su esposa le ponía la mano en la espalda y se inclinaba hacia él.

—¡Querido! — exclamó Ethel, con acento extrañamente metamorfoseado.

Indudablemente deseaba decirle algo, y no acertaba á expresarse.

—¿Qué quieres?...

—¿Te has disgustado?...

—¿Por qué?...

—Por esto... y por el niño...

—¡No!...

—¿No has sentido... ni sientes tristeza?...

—No; ni disgusto, ni tristeza, ni contrariedad.

—Me resisto á creerlo... Es tan...

—Estoy contento — manifestó Lewisham, — *contento*.

—¿A pesar de las desazones... de los gastos... y de la perturbación en tus estudios?...

—Sí; á pesar de todo.

Ethel lo contempló con incredulidad. Lewisham levantó la cabeza, y entonces su mujer lo miró buscando la expresión de sus ojos. Sintió que su marido le pasaba el brazo por el talle, y entonces, sin darse cuenta, dócil á aquella invitación, se inclinó á darle y á recibir un beso.

—Esto lo arregla todo — murmuró el marido, sin apartarla de su lado. — Esto nos une más y más... ¿Sabes?... Antes... Pero ahora es distinto... Ahora ya tenemos el lazo que necesitábamos, que nos juntará y que afianzará nuestro enlace. El llenará nuestras vidas y será el objeto de mis trabajos y de mis afanes, porque mis afanes y mis trabajos... hasta hoy... sólo tenían por objeto satisfacciones de vanidad... de vanidad — concluyó, afrontando lealmente la verdad.

En el semblante de Ethel leyó un resto de duda, un deseo de continuar escuchando á su marido. Al fin le dijo:

—Querido mío...

—¿Qué deseas?...

Ethel frunció las cejas.

—No; no acierto á decirlo — balbució.

Sentóse sobre las rodillas de su esposo, que le estrechó la mano. Ella continuó grave, seria, mirando por la ventana las crecientes sombras del vespertino crepúsculo. Luego exclamó:

—Comprendo que soy muy torpe y muy tonta... Lo que logro decir, no se parece en nada á lo que siento y á lo que quisiera expresar...

Lewisham esperó que continuase.

—No puedo... no sé... — repitió Ethel.

Entonces el marido creyóse en el deber de traducir el pensamiento de su esposa, pero, con grave asombro, observó que, también él, encontraba enorme dificultad para expresarse.

—Creo que te comprendo perfectamente — murmuró al cabo, luchando con los obstáculos que surgen entre el sentimiento y la expresión.

Hubo una pausa larga, pero elocuente, con la elocuencia del silencio impuesto por la emoción. Bruscamente, Ethel cayó en lo prosáico. Se puso de pie.

—Si no bajo á ayudar á mamá, la comida...

Al llegar á la puerta se detuvo, y volvió hacia su marido la cara; quisieron verse en la sombra; Lewisham era, á los ojos de Ethel, una forma obscura, imprecisa. Inconscientemente, el marido le tendió los brazos... Luego, sintiendo ruido abajo, Ethel se separó y se fué apresuradamente. Lewisham la escuchó decir:

—No te molestes, mamá; yo pondré la mesa.

Perdióse el rumor de los pasos, desvaneciéndose en las honduras de la cocina. Entonces Lewisham contempló de nuevo el *Esquema*, que se le antojó una pequeñez. Lo extendió sobre la mesa y lo examinó, cual si estuviese escrito por otro; en realidad, estaba escrito por otro. «Folletos para defender las ideas liberales» — leyó.

Sonrió.

Se dejó llevar por la corriente de los recuerdos y de las ideas. Experimentó cierta melancolía; conceptuó al

Esquema sencillamente como símbolo, como punto de partida, y con mirada vaga contempló desde la ventana la noche que iba cayendo. Largo rato permaneció pensativo; sus pensamientos casi eran emociones, emociones que compendiaban la forma y la substancia de las ideas, y que, al crecer en intensidad, saliéronle á los labios.

—Sí, era vanidad... Vanidad pueril... egoísta... personalísima... Soy excesivamente bilateral... ¿Bilateral?... ¡Qué vulgaridad!... Sueños como mis sueños... Aptitudes como mis aptitudes... Sí... ¡son los sueños y las aptitudes de todo el mundo!... Y no obstante... lo que me proponía hacer...

Entonces pensó en el socialismo, y en sus ígneas ambiciones de reformar á la humanidad. Quedóse pasmado ante los nuevos horizontes que desde antaño á hogaño había descubierto.

—No para nosotros... No para nosotros... Nos tocará morir en el desierto... Algún día... Más adelante... Pero no para nosotros... En definitiva, el mundo, para nosotros, está cifrado en el niño que va á nacer. El porvenir, es el niño. ¿El porvenir?... ¿Qué somos... cuantos en la tierra alentamos... más que lacayos y traidores del porvenir?...

. . . . . .

Y continuó:

—La selección natural... La felicidad, se encuentra así únicamente... No hay otra felicidad.

Suspiró.

—Vivir toda una vida. Y sin embargo, se me figura que la vida me ha jugado una mala pasada... ¡me prometió tanto!... ¡Me cumplió tan poco!... ¡No!... No hay que ver las cosas en este aspecto... No es posible... ¡La carrera!... Al fin y al cabo, también esta es una carrera... la carrera más importante del mundo... ¡Ser padre!... ¿Qué más puedo desear?... Y... Ethel... No extraño que me haya parecido superficial... ligera... caprichosa..., ni extraño que lo haya sido... No me asombra haberla visto inquieta y nerviosa... estando sin amparo... ¿qué iba á hacer?... No era más que una esclava... un juguete... sí, un juguete de la vida... ¡Así es la vida!... Para eso nos engendran y para eso nacemos... Lo demás... todo lo demás... es ficción... comedia.

Volvió á fijarse en el *Esquema*. Lo echó á un lado, y titubeó. La visión de la carrera sabiamente organizada, la serie ordenadísima de trabajos y de éxitos, de honores sobre honores, surgió espléndida, brilladora, del papel-símbolo. Luego, mordiéndose los labios, rompió, rompió delicadísimamente en dos pedazos el papelote amarillento. Dobló en seguida los dos pedazos y los volvió á romper; tomó cuidadosamente los nuevos trozos y los rompió, y siguió rompiendo hasta que el *Esquema* quedó reducido á un montón de fragmentos minúsculos. Se le antojó que había roto su personalidad de antaño.

—¡Comedia!... ¡Farsa!... — murmuró tras largo silencio. — Este es el fin de la adolescencia... el fin de los ensueños quiméricos...

Permaneció inmóvil, acodado sobre la mesita, hundiendo la mirada en la extensión de cielo que alcanzaba á ver por la apaisada ventana. Los resplandores vespertinos que se perdían, parecieron unirse para dar vida á una estrella...

Notó que aun tenía en la mano los pedacitos del papel que rompió. Alargó el brazo y los dejó caer en el cestito nuevo que Ethel le había comprado.

Dos trocitos cayeron fuera del cesto. Se inclinó, los recogió y los colocó cuidadosamente con los demás.

FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO